

XXII

EN DÓNDE ESTABA EL CAPITÁN HYX Y DE CÓMO SE ME
ORDENÓ IR A SU ENCUENTRO

DESPUÉS de lanzar un suspiro desgarrador, ordené al mayordomo que dijera a la persona que me esperaba que bajaría dentro de cinco minutos.

El mayordomo saludó y fué.

—¡No van a dejarme una noche tranquilo!—exclamé.

—Si se puede llamar a esto noche, pues, si no me equivoco, debe estar ya muy avanzada. ¡Buenas noches, querido Herbert!—y se metió en mi cama. Me daban ganas de llorar.

—Oiga usted—me dijo antes de dormirse—, puesto que está usted citado en el castillo de *la Coya*, infórmese usted sobre quién lo habita en estos momentos, y si hace mucho tiempo que no han oído hablar de un cierto von Kassel, que estuvo allí cortas temporadas, al empezar la guerra.

—¡El almirante von Treischke!—exclamé—; ¡pero si está aquí! Y es seguro que quien me hace llamar es él.

Al oír esto se despabiló el doctor, y se incorporó, mirándome con un terror realmente divertido.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—¡Que si estoy seguro! ¡Como que he visto a von Treischke esta misma noche, sin que él lo sospeche!

No dije dónde ni cómo, pues mi aventura en el subterráneo en donde encerraban los boches sus riquezas, hacia-me prudente en extremo.

—¡Demonio!... ¡demonio! Y va usted a verle... Pues bien, mejor, mejor. Si quiere hacerme caso, no pierda el tiempo... Vaya usted y dígame que abandone Vigo en seguida; pero en seguida.

—¡Otra vez ese encarguito, que tan buenos resultados me dió la primera vez!—contesté, crispando rabiosamente los puños.

—No le dió tan malos resultados cuando consiguió sustraer a von Treischke a la persecución del Irlandés... pues gracias a ese contratiempo pudimos evitar más de una desgracia.

—Aquella combinación pudo favorecerle a usted, pero no a mí. ¡Si cree usted que es vivir, para un joven neutral como yo, el escapar del capitán Hyx para caer prisionero del almirante von Treischke!

—¡Usted no ha querido nunca a su Amalia!—gruñó el doctor despectivamente, dejando caer la cabeza sobre la almohada.

Me precipité sobre mi cama y lo zarandé con alguna viveza; pero no reaccionó: tan inofensivo le habían vuelto la emoción de volverme a ver y el abuso de la cocaína...

—¡Que no quiero a Amalia! ¡Cuando todos mis pasos, todos los suspiros que se escapan de mi pecho, todos los delirios que crea mi imaginación, todo, todo, se relaciona con Amalia y con su salvación! Y si voy al castillo de *la Coya* a estas horas, dejándole una cama, de la que tengo tanta necesidad como usted, sepa usted que también es por ella...; ¡pues he descubierto otra manera de salvar a Amalia, en lugar de hacer escapar a su marido!...; un medio que, al mismo tiempo que salvará a esa mujer adorada, devolverá la razón al capitán Hyx, o, por lo menos, así lo espero, y le impedirá cometer sus últimos crímenes.

—Pues bien; si dispone usted de ese medio—exclamó el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

doctor blandiendo su ampolla de cocaína—, empléelo lo antes posible, pues va siendo tiempo, se lo juro.

—En este asunto, mi querido Mederic Eristal, me puede usted ayudar mejor que nadie—dije con un repentino entusiasmo y fuerza destinados a galvanizar aquella naturaleza muerta—; estoy seguro del triunfo, oye usted, seguro del triunfo si consigo ver al capitán Hyx y tener con él una entrevista de cinco minutos. Pero, por mi desdicha, no solamente no he podido verle aún, sino que me han devuelto las cartas, una de las cuales iba dirigida a usted, que he enviado a las islas Cies. Juzgue, pues, de mi alegría cuando le he visto en esta habitación. «Aquí está, grité en mi interior; éste es el hombre que va a sacarme del terrible compromiso y salvarnos a todos, llevando mi encargo al capitán Hyx.» Esta misma mañana, es imprescindible que vaya usted en busca de *nuestro capitán*; pero sin perder minuto... ¡pues yo también tengo prisa!

—¡Está usted loco!—exclamó el doctor—. Yo nada tengo que ver con el capitán Hyx... Lo he declarado *urbi et orbi*... Yo no conozco a ese hombre; jamás volveré a su lado... Por fin soy libre y puedo dormir tranquilamente, pues me separé de él ayer por la mañana. He aquí por qué ha podido usted ver un rostro tan satisfecho al penetrar en su habitación y hallarme en ella... ¡No me pida usted nada que tenga relación con el capitán Hyx!

Lo hubiera estrangulado, pero no estaba en condiciones de defenderse y hubiera sido un asesinato cobarde.

Había vuelto a reposarse en *mi* almohada, y parecía como que comenzaba a gustar de su blandura.

El mayordomo llamó de nuevo en la puerta.

—¡Bajo en seguida!

Pero me volví hacia Mederic Eristal y le detuve otra vez en el umbral del abismo del sueño, en el que tan voluptuosamente parecía sumirse.

—Está usted traicionando al capitán Hyx—le dije—. Lo que está usted haciendo es horrible.

—¡No tanto como lo que está él preparándolo!—suspiró tranquilamente.

Volví a zarandearle.

—¿Ha reflexionado usted que abandonar en estos instantes al capitán Hyx, es traicionar su propia causa, la de los aliados, por la que él lucha, por la que ha dado su fortuna, y por la que quiere arrebatar a los boches los dos mil millones de los galeones de Vigo?... A no ser por él, esos millones estarían camino de Berlín. Soy yo quien se lo afirma.

—Y yo te creo—gruñó amablemente el doctor. Ya no tenía fuerzas para reaccionar, y cerraba los párpados como un niño de teta que ya ni oye cantar a su nodriza.

Lo zarandee inútilmente, pues era como si le meciera. Por fin consiguió decir aún, pero interrumpiéndose varias veces:

—Mi querido Herbert... El capitán Hyx es un hombre extraordinario, a quien idolatro... Pero nada o casi nada tengo yo que ver con la batalla de Vigo, mi querido Herbert... Yo soy el doctor íntimo del *Vengador*... y la vida se ha hecho imposible a bordo del *Vengador*. ¡Crea usted a un hombre honrado que tiene mucho sueño! Casi todos los días hay motines a bordo, hasta el punto de que el Irlandés se ha visto obligado a hacer algunos escarmientos. Se han efectuado castigos horribles. Desde el crimen horrible del *Lot et Garonne*, nadie puede contener a los *ángeles de las aguas*, ni el mismo capitán Hyx, que ha jurado a la *boche* *un odio que le hace clavar puñales en los tabiques de su habitación*... ¡Eso lo he visto yo! Y, sin embargo, no quiere regocijarse del todo con la sangre, hasta que no haya capturado a von Treischke... Pero sus hombres han esperado demasiado.

»¡A falta del hombre, reclaman a la mujer para regocijarse con la sangre!, y quieren que se les entregue a todos los boches prisioneros... y hasta creo que para calmarles y ganar tiempo se les han entregado esta mañana algunos de

ellos.. Yo sé que por lo que a Amalia respecta dispone el capitán Hyx de tres días aún... ¡Ha podido obtener eso de ellos! ¡Concededme tres días y os entregaré a von Treischke! — les dijo. Pues bien, yo no he querido esperar ese plazo, puesto que, pasado éste, lo que va a ocurrir allí, *tengan o no al almirante*, no hay lenguaje humano que lo pueda expresar... Por eso me he largado más que corriendo... Al marcharme quise abrazar al capitán Hyx, pues le he querido mucho; *pero me mordió*... Ya ve usted en qué estado se hallan las cosas... Y ahora, buenas noches, mi querido Herbert.—Apenas terminó esta frase, ya roncaba como un bendito.

Como volvieron a llamar a la puerta, me arranqué rabiosamente un puñado de cabellos y di un puntapié a Potaje, que fué a rodar con su carretilla a un extremo del cuarto, con un estruendo capaz de despertar a todo el hotel.

—¡Ya voy, ya voy!...

Una bocina de auto, que llamaba con impaciencia a este pobre cuitado, me hizo asomar a la ventana. Bajo la luz del foco del hotel, pude reconocer, al volante del *torpedo*, al hombre que levantaba la cabeza hacia mi ventana.

Era el individuo que dirigía la maniobra en la chalana negra, el *herr leutnant* que había visto aquella noche en los misteriosos subterráneos del castillo de *la Coya*, hablando con Fritz y von Treischke.

—Ahora bajo—le dije; pero antes tomé entre mis brazos a Potaje, que lloraba.

—Potaje—le dije—, mi querido Potaje, ¡perdóname! Estoy excitadísimo, y tengo motivos para ello.

—¡Ah! ¡Puede usted contar incondicionalmente conmigo! No hago más que pensar en *ella*. Ya estaría a su lado si dispusiera de las herramientas necesarias para los barrotes; pero juro que mañana, en cuanto abran las tiendas, me haré con ellas.

—Yo creía que llevabas siempre esas herramientas.

—Antes, sí... Pero desde que don Ramón me enseñó a

vivir mendigando como un hombre honrado, se las di a otros pobres muchachos, que para poder vivir se ven reducidos a trabajar de noche con ellas, mi querido señor Herbert.

—Tienes un gran corazón, Potaje... Escúchame. Me voy al castillo de *la Coya*, no sé cuándo podré regresar; pero no te preocupes por mí, ocúpate de ella... Me darías una gran alegría si a mi regreso me dijeras que la habías podido arrancar de aquella cárcel.

—Haré lo imposible y más... ¡Adiós, señor!

La bocina volvía a llamar.

Un minuto después estaba en el auto. El hombre del volante me preguntó si era yo el señor Herbert de Renich. Le contesté saludándole. El se presentó como sobrino de von Kassel, luxemburgués y rentista, para servirme...

Incliné la cabeza, sentándome a su lado; todos aquellos melindres eran inútiles conmigo, pero esas gentes no están contentas más que cuando parecen ocultar algo o engañar a alguien, aunque no sea necesario.

Tomamos el camino más corto, pasando por las callejuelas que ya había atravesado a pie con Potaje para regresar al hotel, llegando así hasta la plazuela en donde estaba el bar de Santiago de Compostela. Este, que se había cerrado al salir nosotros, estaba ahora abierto, muy iluminado y lleno de ruidosa concurrencia. Pasamos velozmente ante él; ¡pero cuál no sería mi estupor al distinguir sentado, cerca del mostrador, en un alto taburete, y bebiendo un *cocktail* con Jim, al *midship* en personal...

Hubo un tiempo, y no lejano, en que me hubiese regocijado ver a aquel simpático muchacho, pues me hubiera dicho: «Este es el hombre que puede ayudarme en mi proyecto de reunirme con el capitán Hyx.» Pero después de mi conversación con el doctor, pensé que el *midship*, que tan alegremente libaba con Jim, también se habría separado del capitán Hyx... ¡El espanto hacía huir del *Vengador* a todos los que podían! ¡Sí! ¡Sí! Había que terminar cuanto

antes, ya era tiempo... Las últimas palabras de Mederic Cristal me resonaban aún en el oído y me estremecía.

El boche no me dirigió la palabra en todo el trayecto, y mientras el automóvil contorneaba la ensenada de San Francisco, cortaba la punta de Castro y descendía a lo largo de la bahía de Vigo, recordaba yo otro paseo en auto, que cierta noche, por el mismo camino, conducía a la bella estanquera de Vigo hasta aquella habitación trágica, que servía ahora de cárcel a la dama velada... ¿Debíase al azar el que aquellos dos dramas se desarrollaran en los mismos salvajes lugares?

¿Dónde estaba Dolores en estos momentos? Nada me había dicho el doctor... Y, sobre todo, ¿dónde estaba el novio de Dolores?—me preguntaba en lo más íntimo de mi ser—. ¿Qué hacía Gabriel?... ¿Qué habría hecho después de mi confidencia? ¿Siguió buscando a von Treischke, a quien había jurado despedazar; seguía buscándole en el fondo de los mares? ¿Perseguíale con su buquecito hasta lo más escondido de las misteriosas bahías en que pudiese él suponer que hubiera hallado el U... un refugio momentáneo? ¿Perdería un tiempo precioso tendiendo sus redes de guerra, con la esperanza de que un día pudiera izar en el puente de su barquito al famoso monstruo de los mares, terror de las costas, a von Treischke el Odioso? ¿Quién de los dos, Gabriel o el capitán Hyx, conseguiría caer sobre aquel heraldo de muerte y horror en todos los océanos?

¡Dios mío! ¡Es muy niño, demasiado niño, el pobre Gabriel, para que vuestra justa cólera le haya armado con la espada justiciera!

Y yo habré hecho mi confidencia en vano, y por haber sido demasiado charlatán *inútilmente*, es probable que me cueste caro... ¡De todas maneras esto, como lo demás, no me sorprendería nada!

La antigua puerta del castillo de la Coya, encuadrada entre dos torres, se ha abierto para darnos entrada.

Como es natural, no me dejan tiempo para dar una fecha exacta a aquellas piedras, ni para entregarme a reflexiones de orden arquitectónico.

Se me conduce, sin ceremonia alguna y sin palabras inútiles, hasta el fondo de un sombrío despacho, tan sólo alumbrado durante el día por una estrecha aspillera, y por una mortecina lámpara por la noche. Como comienza a amanecer, la luz que de la aspillera recibe es apenas naciente, y como aún no es pleno día, la luz de la lámpara agoniza, lo que contribuye a cubrir el rostro de von Treischke y el de Fritz von Hanschfeld, que se halla detrás de él, de un pésimo color semiverduzco, semiamarillento, que no añade ninguna belleza a ninguna de las dos caras.

—¡Herbert de Renich—me dice von Treischke—, no estamos contentos de usted!

—¡Ah!—me limité a decir prudentemente.

Tentado estaba de contestar: «Si ustedes creen, señores, que yo puedo estarlo de la manera como me tratan a mí y a mi anciana madre»... pero, aparte de que no me hubieran dejado terminar mi frase, hubiera demostrado a sus ojos un espíritu de rebeldía, que no me convenía mostrar por el momento.

Me explicaron con bastante rudeza que era mi deber el haber ido a informarles al castillo de la Coya, a mi regreso de las islas Cies, no comprendiendo la necesidad en que les había puesto de mandar en mi busca.

Les contesté con la mayor humildad—(¡oh hipocresía, préstame todas tus armas, hasta el día próximo en que también tendré yo mi rehén y podré hablar en amo!)—; les contesté, pues, que habiéndome sido imposible, por muchas causas, el realizar mi viaje a las islas Cies, no había considerado urgente el ponerles al corriente de mi fracaso. Les informé de mis aventuras de aquella noche, excepción hecha, como es natural, de aquellas que con el castillo de la Coya se relacionaban.

—Ya supusimos que le sería difícil el abordar las islas

Cies—contestó con perentorio acento von Treischke—; pero nos consolamos al decirnos que la cosa no tenía importancia, considerando que no tenía usted ninguna probabilidad de encontrar en ellas a la persona que nos interesa.

—Sin embargo, en las instrucciones que me enviaron ustedes se aseguraba que estaba allí—interrumpí.

—Efectivamente, cuando esas instrucciones fueron redactadas, nuestra afirmación era exacta; hoy ya no lo es... ¡No! ¡No es en las islas Cies donde encontrará usted al capitán Hyx!

—¿Entonces dónde, almirante?

Von Treischke tomó la lámpara, y, haciéndome una seña para que le siguiera, me condujo hasta la pared, en la que se extendía una inmensa carta hidrográfica de Vigo. Su dedo, al igual que el del doctor en la carta de mi habitación del hotel, fué a buscar el mismo sitio, aquí señalado con una cruz roja, al lado de la cual había escrito: *cota seis metros ochenta y cinco...*

—¡Aquí!... ¡Aquí es donde le encontrará usted!—dejó oír la voz, que me pareció ahora formidable, de von Treischke...—*¡el individuo está ahí!*

¡Desgraciado de mí! ¡Comprendí! Pero simulé no comprender, y, mientras que invadía mi rostro un frío sudor, balbucí:

—¿Qué significa esto? ¡Almirante, almirante! Esto es una carta hidrográfica, y esas cifras indican la altura de las aguas en esa cota.

—Esta cota, caballero, indica, efectivamente, que la sonda encuentra roca a los seis metros ochenta y cinco centímetros del nivel de las aguas más bajas, y es ahí, *precisamente, a los seis metros ochenta y cinco centímetros bajo el nivel del mar, donde está nuestro hombre...* Y allí es donde me hará usted el obsequio de ir a buscarle.

Seguramente debió leer en mis ojos algo de desvarío, pues von Treischke me rogó que me tranquilizara y que

mostrara menos pavor en un momento en que más necesidad tenía de mi sangre fría.

—¡Que cualquier otro—dijo—se sorprenda de la comisión, pases! Pero usted, Herbert de Renich, que ha viajado con el capitán Hyx, ¿cómo puede causarle extrañeza el ir a su encuentro en el fondo del mar?... ¡Supongo que no ignorará usted lo que es un buzo!... ¡No tema nada, pues se le dará la escafandra adecuada, y que es de los últimos modelos que se han inventado!... ¡Aquí tiene usted, además, al señor—me señaló a su supuesto sobrino—, que tendrá un verdadero placer en acompañarle *lo más lejos posible!*...

—¿Pero cuándo?... ¿Cuándo?—grité fuera de mí.

—¡Pues en seguida, caballero, en seguida!

Me dejé caer aturdido en un sillón. Ciertas palabras del doctor resonaban ahora en mis oídos furiosamente: *¡la batalla está en su apogeo!*...

¡Se me enviaba en busca del capitán Hyx a la cota seis metros ochenta y cinco, en el preciso momento en que la batalla estaba en su periodo álgido en el fondo de la bahía de Vigo!...